

EL CASTILLO DE LA VIDA

5º - 7º

Hace algunos años que, hallándome en Caprí, la más preciosa isla del golfo de Nápoles, en uno de esos hermosos días de otoño llenos de calma y de luz, tuve el deseo de dirigirme embarcado a Poestum, deteniéndome en Amalfi y en Salerno. La cosa era bien fácil; había en la playa pescadores que volvían a tierra y que no deseaban otra cosa que tomar a bordo a un extranjero. Al entrar en la barca, vi cuatro marineros de muy buen aspecto, brazos nervudos, rostros bronceados y entre ellos una niña de ocho a diez años, de talle fuerte y arqueado, cara colorada, ojos negros y vivos, y que de vez en cuando mandaba o rogaba a la tripulación con la majestad de una italiana o con la gracia de un niño. Era la hija del patrón, y yo no pude dudar de ello al ver la orgullosa sonrisa con que me la mostró cuando entré en la barca. Una vez en el mar, cada cual tomó su remo, y como yo era el único que no tenía nada que hacer en la barca, cogí a la niña en mis rodillas para hablar con ella y oír de sus labios finísimos esa jerga napolitana que tan agradablemente resuena en los oídos.

“Háblele usted, Excelencia” –me gritó el patrón con aire triunfante-. “No tema usted hablar con a Marchesina, que aunque es muy pequeña, sabe ya tanto como un canónigo. Cuando usted quiera le contará la historia del rey de Starza Longa, que casó su hija con una serpiente, o la de Vardiello, que por su tontería consiguió la fortuna. ¿Quiere usted si no, la de la Cierva encantada o la del Ogro que dio a Antoni de Maregliano un báculo que trabajaba por él, o la del Castillo de la Vida...?”

*“Bueno, la del **Castillo de la Vida**”- exclamé, con objeto de interrumpir aquella serie de cuentos, tan numerosos como las cuentas de un rosario.*

“Nunziata, hija mía” -dijo el pescador con tono solemne- “cuenta a su Excelencia la historia del Castillo de la Vida, tal como tu madre te la recitó tantas veces, y vosotros ...” -añadió dirigiéndose a los remeros-, “... tratad de no azotar demasiado fuerte el agua para que podamos oír”.

De este modo, y por espacio de más de una hora, mientras la barca se deslizaba sin ruido sobre las ondas inmóviles, y mientras un dulce sol de octubre bañaba de púrpura las montañas y hacía centellear el mar, oímos los cinco atentos y silenciosos a la niña que nos hablaba de hechicerías en medio de una naturaleza espléndida.

... En una ocasión, -principió gravemente Nunziata-, había en Salerno una viejecita pescadora de profesión, que no tenía otros bienes ni otro apoyo que un muchacho de doce años, su nieto, pobre huérfano cuyo padre se había ahogado en un día de tormenta y cuya madre había muerto poco después de sentimiento. Gracioso, que éste era el nombre del niño, no quería en el mundo más que a su abuela; todas las mañanas la seguía antes del alba a coger caracoles o a sacar la red a la orilla, mientras llegaba la época en que fuese bastante fuerte para ir por sí mismo a pescar y a desafiar las olas que le habían matado a todos los suyos. Era tan hermoso, tan bien formado y tan complaciente, que en cuanto llegaba al pueblo con su cesta de pescado en la cabeza, todos corrían hacia él, y aun antes de llegar al mercado, ya había vendido su parte.

Desgraciadamente la abuela era ya muy vieja; no tenía ya más que un diente en medio de la boca, su cabeza blanqueaba, sus ojos estaban tan rojos que ya no veía. Todas las mañanas le costaba más trabajo levantarse que el día anterior, y sabía que no podía llegar más lejos. Así es que todas las noches, antes de que Gracioso se envolviese en su manta para acostarse en el suelo, le daba buenos consejos para el día en que quedara sólo; le decía con qué pescadores debía tratarse y con cuales no; y cómo siendo siempre bueno y laborioso, prudente y resuelto, recorrería su camino por el mundo y concluiría por tener su barca y sus redes. El pobre muchacho no hacía caso de todos aquellos consejos, y en cuanto la vieja comenzaba a tomar un tono formal, exclamaba:

“Abuela, abuela, no me abandones; tengo mis brazos, soy fuerte y en breve podré trabajar para los dos; pero al volver del mar, si no te encuentro en casa, ¿cómo quieres que viva?” Y la abrazaba llorando.

-“Hijo mío” –le dijo un día la vieja-, “no te dejaré tan solo como tú temes; después de mí tendrá dos protectoras que un príncipe envidiaría tener. Ya hace mucho tiempo que yo hice un servicio a dos grandes señoras que no te olvidarán cuando llegue la hora de llamarlas, lo cual será bien pronto”.

-“¿Quiénes son esas dos señoras?” –preguntó Gracioso- que jamás había visto en la choza más que mujeres de pescadores.

-“Son dos hadas” -respondió la abuela-, “dos grandes hadas; el hada de las aguas y la de los bosques. Escúchame bien, hijo mío; es un secreto que es preciso que te confíe, un secreto que guardarás como he hecho yo y que te proporcionará la fortuna y la felicidad”.

-“Hace diez años, el mismo en que murió tu padre y en que tu madre nos dejó también, había yo salido una mañana antes de amanecer con objeto de sorprender los cangrejos dormidos en la arena; me hallaba inclinada a tierra y oculta por una roca cuando vi un ave que bogaba dulcemente hacia la playa. Es un pájaro sagrado al que hay que respetar, le dejé, pues, llegar y no me moví temiendo espantarlo. Al mismo tiempo, vi salir de una hendidura de la montaña y arrastrase por la arena una hermosa culebra verde, estirando sus grandes anillos para acercarse al ave. Cuando estuvieron próximos el uno de la otra sin que a ninguno le sorprendiera el encuentro, la culebra se arrojó al cuello del ave como si le hubiese abrazado tiernamente, así estuvieron abrazados algunos minutos, después se separaron bruscamente, la serpiente para volver a la piedra, y el ave para sumergirse en las olas en las que desapareció”.

“Muy admirada de lo que había visto, volví al día siguiente a la misma hora, y a la misma hora también llegó el ave a la playa y la culebra salió de su retiro. Eran hadas y de ello no se podía dudar, quizá hadas encantadas a las que podía hacer algún servicio. ¿Pero cómo hacer? Presentarme era desagradarlas, y además exponerme mucho; era mejor esperar una ocasión favorable que no dejaría de presentarse sin duda. Durante un mes me mantuve emboscada asistiendo todas las mañanas al mismo espectáculo, cuando un día vi un gran gato negro que llegó el primero a la cita y que se ocultó detrás de la roca, casi al alcance de mi mano. Un gato negro no podía ser otra cosa que un encantador, al menos así me lo habían dicho en mi juventud; me propuse vigilarle. Y en efecto, apenas el ave y la culebra se habían abrazado, el gato se anima, se hincha y se lanza sobre los inocentes. Llegó mi vez de intervenir y de lanzarme sobre el ladrón que ya tenía a sus víctimas entre sus garras mortales; le agarré a pesar de todas sus convulsiones y a pesar de que me arañó hasta hacerme saltar sangre de las manos, y sin tener compasión de él, cogí el cuchillo que me servía para abrir las castañas de mar y corté al monstruo la cabeza, las patas y la cola, esperando con confianza el resultado de mi comportamiento.

“No tuve que esperar mucho tiempo; en cuanto arrojé al mar el cuerpo del animal vi delante de mí dos hermosas señoras, una coronada con plumas blancas y otra que tenía como banda una piel de serpiente; eran, ya te lo he dicho, el hada de las aguas y el hada de los bosques. Encantadas por un miserable genio que había sorprendido su secreto, tenían que vivir siendo ave y culebra hasta que una mano generosa las librase, y a mí era a quien debían la libertad y el poder”.

-“¡Pídenos lo que quieras!” –me dijeron-, “y tus deseos serán ejecutados en el acto!”.

-“Pensé que era vieja y que ya había sufrido bastante en la vida para no desear volver a empezarla, mientras que tú, hijo mío, llegará un día en que todo será poco para tus deseos, en que querrás ser rico, noble, general, marqués, príncipe quizá. Ese día, pensé, podré dárselo todo y un solo instante de semejante felicidad me habrá pagado los ochenta años de trabajos de miseria. Di las gracias a las hadas y rogué que me conservasen su afecto para el día en que lo necesitase. El hada de las aguas se quitó una pluma de su corona; el hada de los bosques se arrancó una escama de la piel de serpiente”.

-“Buena mujer” –me dijeron-, “cuando necesites de nosotras coloca esta pluma y esta escama en un vaso de agua pura y al mismo tiempo llámanos formulando un deseo; aun cuando estemos en el fin del mundo, nos tendrás al momento ante ti, dispuestas a pagar la deuda de hoy”.

-*"Bajé la cabeza en señal de reconocimiento, y cuando la levanté, todo había desaparecido; ni aun siquiera tenía en el brazo señal de herida ni de sangre, y hubiera creído que un sueño me había engañado si no hubiese tenido en la mano la escama de la culebra y la pluma del ave"*.

-*"¿Y esos tesoros dónde están, abuela?"* –dijo Gracioso.

-*"Hijo mío"* –respondió la vieja-, *"los he ocultado con cuidado, no queriendo enseñártelos hasta que fueras hombre y estuvieras en estado de servirte de ellos; pero puesto que la muerte va a separarnos, ha llegado el momento de entregarte estos preciosos talismanes. En el fondo de la artesa, escondido entre los harapos, encontrarás un cofre de madera; en ese cofre hay una cajita de cartón envuelta en estopa; abre esa cajita y encontrarás la escama y la pluma cuidadosamente envueltas en algodón. Ten cuidado de no romperlas, cógelas con respeto y yo te diré lo que tienes que hacer"*.

Gracioso llevó la cajita a la pobre mujer que ya no podía abandonar su camastro, y ella misma tomó los dos objetos.

-*"Ahora"* –dijo a su nieto entregándoselos-, *"coloca en medio de la habitación una jofaina llena de agua y deposita en el agua la escama y la pluma; enseguida expresa un deseo; pide fortuna, nobleza, talento, poderío, todo lo que quieras, hijo mío; sólo que como conozco que me muero, abrázame antes de expresar ese deseo que nos separará para siempre y recibe por última vez mi bendición. Será un talismán más para hacerte feliz"*.

Pero con gran sorpresa de la vieja, Gracioso no fue a abrazarla ni a pedir su bendición; puso con la mayor presteza la jofaina llena de agua en medio de la habitación, echó la pluma y la escama en la jofaina, y exclamó con toda su alma:

-*"¡Quiero que mi abuela viva siempre, preséntate hada de las aguas; quiero que mi abuela viva siempre, preséntate hada de los bosques!"*.

Entonces aparecieron las dos hadas: "el Hada de los Bosques" y "el Hada las Aguas", las cuales vieron cómo el joven se alejaba impaciente. Una de ellas le preguntó:

-*"Yo me marcho, señora"* - contestó Gracioso.

-*"Pero"* -dijo el hada de los Bosques-, *"eres muy joven hijo mío, y ni siquiera conoces el camino"*.

-*"No importa"* –replicó Gracioso- *"... y ustedes no me abandonarán, hermosas señoras, y para salvar a mi abuela sería capaz de ir hasta el fin del mundo"*.

-*"Espera"*, dijo el hada de los bosques; y arrancando el plomo de una vidriera rota se lo puso en la palma de la mano.

El plomo comenzó a fundirse y a hervir sin que el hada pareciese molesta por el calor; después lo arrojó al hogar en el cual quedó fijo, formando mil variados dibujos.

-*"¿Qué ves entre doto eso?"* –preguntó el Hada a Gracioso.

-*"Señora"*, respondió después de haber mirado con atención, *"me parece que veo un perrito con una larga cola y grandes orejas"*

-*"Llámale"* –añadió el hada.

Y en el mismo momento se oyó ladrar y de en medio del plomo salió un perro negro y color de fuego que comenzó a hacer caricias y a saltar alrededor de Gracioso.

-*"Éste será tu compañero"*. Dijo el hada. *"Le llamarás "Fiel" y te mostrará el camino, pero te advierto que eres tú el que le has de conducir y no él el que te ha de llevar. Si le haces obedecer, te servirá; si tú le obedeces, te perderá"*.

-*"¿Y yo?"*, dijo el Hada las Aguas, *"¿no te daré nada, mi pobre Gracioso?"*

Y mirando a su alrededor, vio en el suelo un pedazo de papel que echó al fuego, empujándolo con su pie diminuto. El papel se encendió, y cuando pasó la llama se vieron millares de centellas que corrían unas detrás de otras como en la noche de Navidad las monjas van una detrás de otra a la capilla, llevando cada una, una vela en la mano. El Hada siguió con cuidado todas aquellas centellas, y cuando la última estuvo a punto de extinguirse, sopó el papel y de pronto se oyó un

pequeño pío de ave; una golondrina salió asustada, voló por todos los rincones de la habitación y concluyó por posarse sobre el hombro de Gracioso.

-*“Ésta será tu compañía”,* dijo el Hada de las Aguas-, *la llamarás “Pensativa” y te mostrará el camino, pero te advierto que eres tú el que la has de conducir y no ella la que te hada de llevar. Si la haces obedecer, te servirá; si tú la obedeces, te perderá”.*

-*“Mueve esa ceniza negra”,* añadió el Hada buena de las Aguas, *“y quizá encontrarás alguna cosa”.*

Gracioso obedeció; bajo la ceniza del papel, sacó un frasco de cristal de roca que brillaba como un diamante, en él le dijo el hada que debía recoger el agua de la inmortalidad, pues ésta rompería toda vasija hecha por la mano de los hombres. Al lado del frasco, encontró Gracioso un puñal de hoja triangular. No era otra cosa que el cuchillo de su padre el pescador que se le había prohibido tocar; con aquella arma se podía hacer frente al enemigo más feroz.

-*“Hermana mía”,* dijo la otra hada, *“no quiero que seas más generosa que yo”.*

Y cogiendo una pajita de la única silla que había en la casa, le dio un soplo. La pajita se hinchó enseguida y, en menos tiempo del que se necesita para decirlo, se convirtió en una preciosa carabina toda incrustada de nácar y oro; otra pajita proporcionó a Gracioso una cartuchera que enseguida se rodeó al cuerpo y que le sentaba perfectamente; hubiérase dicho al verle que era un príncipe que salía de caza. Estaba tan hermoso, que su abuela lloró de alegría y de ternura al verle.

Cuando las dos hadas desaparecieron, Gracioso abrazó a la buena vieja y, recomendándole mucho que le esperara, se puso de rodillas y pidió su bendición. La abuela hizo un magnífico discurso recomendándole que fuese sufrido, justo, caritativo, y sobre todo, que nunca se apartara del camino recto.

-*“No por mí”,* añadió la anciana, *“...que acepto la muerte con gusto, y que siento el deseo que has formulado, sino por ti, hijo mío, que deseo que vuelvas, pues no quiero morir sin que tú estés aquí para cerrarme los ojos”.*

Ya era tarde y Gracioso se acostó en el suelo bastante agitado según creía para poderse dormir. Pero en breve se apoderó el sueño de él y estuvo durmiendo toda la noche, mientras su pobre abuela miraba la cara de su querido nieto, iluminada por la vacilante luz de la lámpara, sin poder dejar de admirarle y suspirar.

Muy de mañana, cuando apenas sí apuntaba el día, la golondrina *“Pensativa”* comenzó a grojear y *“Fiel”*, el perro, a tirar de la manta.

-*“Marchemos señor, marchemos,* decían los dos compañeros en su lenguaje que ya por don de las hadas comprendía Gracioso; *“ya el mar blanquea la playa, los pájaros cantan, las moscas zumban y la flor se entreabre a los rayos del sol; partamos, ya es tiempo”.*

Gracioso abrazó por última vez a su abuela, y tomó el camino que conduce a Poestum; *Pensativa* revoloteaba de derecha a izquierda cogiendo mosquitos; *Fiel* acariciaba a su joven señor o corría delante de él.

Aún no estaban a dos leguas de la ciudad, cuando Gracioso vio que *Fiel* hablaba con las hormigas. Caminaban en bandadas regulares, llevando consigo todas sus provisiones.

-*“¿Adónde vais?”* –preguntó gracioso, y ellos contestaron:

-*“Al Castillo de la Vida”.*

Un poco más lejos, *Pensativa* encontró a las cigarras que también iban de viaje con las abejas y las mariposas; todas iban al Castillo de la Vida para beber en la fuente de la inmortalidad. Como llevaban el mismo camino marchaban en compañía. *Pensativa* presentó a Gracioso una joven mariposa que hablaba con talento. En la juventud se hacen pronto amistades; al cabo de una hora los dos compañeros eran inseparables.

A las mariposas no les gusta caminar en derechura, así es que la amiga de Gracioso continuamente se extraviaba entre las hierbas; Gracioso, que en su vida había sido libre y que jamás había visto tantas flores ni tanto sol, seguía todos los zigzags de la mariposa y no se ocupaba de las

horas que pasaban, como si el día no debiera concluir. Pero al cabo de algunas leguas su nueva amiga se sintió fatigada.

-*"No vayamos más lejos"* –dijo Gracioso –*"¡Mira qué hermosa es esta naturaleza! ¡Qué hermosas estas flores, y qué embalsamado perfume el de estos campos! ¡Quedémonos aquí!, aquí es donde está la vida"*.

-*"Marchemos"* –decía Pensativa-, *"el cielo es puro y el horizonte infinito; continuemos adelante"*.

Gracioso meditó e hizo prudentes razonamientos a la mariposa, que continuaba revoloteando de derecha a izquierda; pero todo fue en vano.

-*"¿Qué me importa?"* –decía el insecto- *"Ayer fui oruga y esa noche no seré nada; quiero gozar hoy"*. Y se posó sobre una hermosa rosa de Poestum, ya abierta. El perfume era tan fuerte, que la pobre mariposa se quedó asfixiada; en vano trató Gracioso de volverla a la vida, y después de haberla llorado la clavó con un alfiler en su sombrero, como una escarapela.

Hacia el mediodía fueron las cigarras las que se detuvieron.

-*"Cantemos"* –decían-, *"el calor nos va a ahogar si luchamos con la fuerza del día"*.

-*"¡Es tan agradable vivir en un dulce reposo! Ven, Gracioso, te divertirnos y cantarás con nosotras"*.

-*"Escuchemos"* –le decía Pensativa- *"¡Cantan tan bien!"*

Pero Fiel no quería detenerse; tenía fuego en las venas, y ladró tanto, que hizo a Gracioso olvidar las cigarras y acudir al lado del inoportuno.

Cuando llegó la noche, Gracioso habló a una abeja cargada de polen.

-*"¿Adónde vas?"* –dijo.

-*"Me vuelvo a mi casa-* respondió la abeja-, *ya no quiero dejar mi colmena.*

-*"¿Pues qué –replicó Gracioso-, siendo como eres tan laboriosa, vas a hacer como la cigarra y a renunciar a tu parte de inmortalidad?"*

-*"Tu castillo está demasiado lejos"* –contestó la abeja-, *"y yo no tengo tu ambición. Mi trabajo de cada día me basta, y no comprendo por qué hacer este viaje; para mí el trabajo es la vida"*.

Gracioso se disgustó algún tanto, por haber perdido en el primer día tantos compañeros de viaje; pero pensando con cuánta facilidad había dado fin a la primera etapa, su corazón se llenó de gozo; acarició a Fiel, cogió moscas que Pensativa le tomaba de la mano, y se durmió lleno de esperanza, soñando con su abuela y con las dos hadas.

Al día siguiente, en cuanto despuntó la aurora, llamó Pensativa a su amo.

-*"Marchemos"* –le dijo-. *"Ya el mar blanquea la playa, los pájaros cantan, las moscas zumban y las flores se entreabren a los rayos del sol; partamos, ya es tiempo"*.

-*"Un momento"* –replicó Fiel-, *"la jornada no es larga; antes del mediodía veremos los templos de Poestum, donde debemos detenernos"*.

-*"Las hormigas ya van marchando"* –contestó Pensativa-, *"el camino es más difícil que ayer, y el tiempo más pesado; marchemos"*.

Gracioso había visto en sueños a su abuela sonriéndole, así es que se puso en camino con mayor ardor y más presteza que la víspera. El día era hermoso; a la derecha, el mar impulsaba suavemente sus olas azuladas y las desarrollaba en la arena murmurando; a la izquierda, en lontananza, montañas coloreadas por una tinta rosada; en la llanura, grandes hierbas todas cuajadas de flores, un camino sembrado de aloes, azufafios y acantos; enfrente, un horizonte sin nubes.

Gracioso, ebrio de goce y de esperanza, se creía ya al fin del viaje. Fiel saltaba en medio de los campos y espantaba las perdices asustadas; Pensativa se perdía en el cielo, y gozaba con la luz. De repente, en medio de un cañaveral, vio Gracioso una hermosa cabra que le miraba con ojos lánguidos, como si le llamase. Acercóse el niño y la cabra dio un salto, aunque sin alejarse mucho.

Por tres veces repitió la misma maniobra, como si provocase a Gracioso.

-*"Sigámosla"* – dijo Fiel-, *"yo le cortaré la retirada y pronto será nuestra."*

-*"¿Dónde está Pensativa?"*, -preguntó el niño.

-“¿Qué nos importa, señor? –contestó Fiel-; éste es asunto de un momento. Fíese usted de mí, que he nacido para la caza; la cabra es nuestra”.

No se hizo Gracioso repetir dos veces la invitación, y mientras Fiel daba, corrió detrás de la cabra, que se detuvo entre los árboles como para dejarse coger y saltó en cuanto la mano del cazador se extendió para agarrarla.

-“Vale, señor” -gritó Fiel, atajándola, pero la cabra dio un topetazo al perro y le tiró por alto, escapándose enseguida, más lista que el viento.

Gracioso se lanzó en su persecución; Fiel, con los ojos y la boca inflamados, corría y ladraba como un loco; pasaron fosos, campos, ramajes sin que nada pudiera detener su atrevimiento. Fatigada, la cabra perdía terreno: Gracioso redoblaba su ardor, y ya extendía la mano para agarrar su presa, cuando de pronto le faltó el terreno bajo los pies y rodó con su imprudente compañero en una trampa que estaba cubierta de hojas.

Aún no se habían repuesto de su caída, cuando la cabra, acercándose al borde, les gritó:

-“Habéis caído en la trampa, soy la mujer del rey de los lobos, que os devorará a los dos”.

Y diciendo esto desapareció.

-“Señor” –dijo Fiel-, el hada tenía razón al recomendarle que no me siguiese; hemos hecho una tontería, y yo soy el que le ha perdido”.

-“Al menos” –contestó Gracioso-, “defenderemos nuestra vida”.

Y cogiendo su carabina, puso doble carga para esperar al rey de los lobos.

Después, con más calma, miró al foso profundo en que habían caído; era demasiado alto para poder salir de él, y en aquel agujero iba a recibir la muerte. Fiel comprendió las miradas de su amigo.

-“Señor” –le dijo-, “si me coge en sus brazos y me lanza con todas sus fuerzas, quizá yo llegue al borde, y una vez fuera le ayudaré”.

No tenía Gracioso gran esperanza. Por tres veces trató de lanzar a Fiel, y por tres veces el pobre animal volvió a caer; por fin al cuarto esfuerzo el perro cogió algunas raíces, y se sirvió tan bien de la boca y de las patas, que saltó fuera de aquella trampa. Enseguida echó al foso las ramas cortadas que encontró en la orilla:

-“Señor”- dijo-, “fije esas ramas en la tierra y hágase una escala. Dese prisa, dese prisa –añadió-, que oigo los aullidos del rey de los lobos”.

Gracioso era diestro y ágil; la cólera redoblaba sus fuerzas, y en menos de un instante se halló fuera. Enseguida aseguró su puñal en el cinturón, cambió la cápsula de su carabina y, colocándose detrás de un árbol, esperó a pie firme al enemigo.

De pronto oyó un grito espantoso: un animal horrible, con colmillos tan grandes como los de un jabalí, venía hacia él dando saltos enormes. Gracioso le apuntó con mano trémula y disparó. El tiro fue bien dirigido, el animal se volvió sobre sí mismo dando un aullido, y enseguida volvió a acometer.

-“Cargue otra vez su carabina, señor, dese prisa” –gritó Fiel, arrojándose valerosamente de frente al monstruo y dándole un buen bocado en el cuello.

El lobo no tuvo más que sacudir la cabeza para derribar por tierra al pobre perro, y se lo hubiera comido de un bocado, si Fiel no se le hubiera escurrido de la boca, dejándole en ella una oreja. Tocó la vez a Gracioso de salvar a su compañero; se adelantó valientemente y descargó su segundo tiro, apuntando a la paletilla. El lobo cayó, pero, levantándose por un supremo esfuerzo, se echó sobre el cazador que cayó debajo de él. Gracioso se creyó perdido al recibir aquel golpe terrible; pero sin perder el valor y llamando en su auxilio a las buenas hadas, sacó su puñal y lo hundió en el corazón del animal, que ya se disponía a devorar a su enemigo, y que de pronto extendió los miembros y murió.

Cubierto de sangre y de espuma, se levantó Gracioso temblando y se sentó en un árbol caído. Fiel se arrastró hacia él sin atreverse a acariciarle, porque conocía lo muy culpable que era.

-“Señor” –decía-, “¿qué va a ser de nosotros? La noche se acerca, y aún estamos muy lejos de Poestum”.

-Es preciso marchar –dijo el niño y se levantó; pero estaba tan débil que tuvo que sentarse de nuevo.

Una sed ardiente le devoraba; tenía fiebre; todo daba vueltas a su alrededor. Entonces, pensando en su abuela, se echó a llorar.

¡Haber olvidado tan pronto sus magníficas promesas y morir en aquel país de donde no se vuelve, todo por los hermosos ojos de una cabra! ¡Cuántos remordimientos tenía el pobre Gracioso!

¡Qué tristemente concluía aquella jornada tan bien comenzada!

En breve se oyeron aullidos siniestros; eran los hermanos del rey de los lobos que le llamaban y que venían en su auxilio. Gracioso abrazó a *Fiel*; era su único amigo; le perdonó una imprudencia que los dos iban a pagar con su vida; después puso una bala en su carabina, hizo una oración a las buenas hadas, les recomendó a su abuela y se dispuso a morir.

-“Gracioso, Gracioso, ¿dónde estás?” –gritó una vocecilla que no podía ser otra que la de *Pensativa*. Y la golondrina llegó revoloteando y se colocó en la cabeza de su amo.

-“Valor” –le dijo-, “los lobos están aún lejos. Muy cerca de aquí hay un manantial para extinguir vuestra sed y detener la sangre de vuestras heridas, y entre la hierba he visto un sendero oculto que puede llevarnos a Poestum”.

Gracioso y *Fiel* se arrastraron hasta el arroyo, temblando de miedo y de esperanza; luego entraron en el camino cubierto un tanto, reanimados por los gorjeos de *Pensativa*. El sol se había puesto ya y caminaron en la sombra por algunas horas; cuando la luna salió, ya estaban fuera de peligro. Aún quedaba un camino peligroso que atravesar para quien ya no tenía el ardor de la mañana: lagunas que salvar, fosos que pasar, matorrales en los que el rostro y las manos se desgarraban; pero pensando en que podría reparar su falta y salvar a su abuela, iba Gracioso tan contento, que a cada paso se redoblaban sus fuerzas y su esperanza. Por fin, después de mil fatigas, llegaron a Poestum cuando las estrellas señalaban la medianoche.

Gracioso se echó sobre una losa del Templo de Neptuno, y después de haber dado gracias a *Pensativa*, se durmió, teniendo a sus pies a *Fiel*, medio muerto, echando sangre y silencioso.

El sueño no fue largo; antes del día, que se hacía esperar, Gracioso estaba en pie. Al bajar las escaleras del templo, vio que las hormigas habían levantado un montón de arena y que en él enterraban los granos de la nueva cosecha. Toda la república estaba en movimiento; todas las hormigas iban y venían, hablaban con las inmediatas, daban o recibían órdenes, arrastraban granos de paja, porteaban pequeños pedazos de madera, llevaban moscas muertas y recogían provisiones; era un establecimiento completo de invierno.

-“Qué es esto?” –dijo Gracioso a las hormigas-, “¿ya no vais al Castillo de la Vida? ¿Renunciáis a la inmortalidad?”

-“Hemos trabajado bastante –le contestó una de las obreras-, *ha llegado el día de la recolección, el camino es largo, el porvenir incierto y ya somos ricos. Los locos son los que cuentan con el día de mañana, los prudentes aprovechan la hora presente; cuando honradamente se ha reunido un capital, la verdadera filosofía está en disfrutarlo.*

A *Fiel* le pareció que la hormiga tenía razón; pero como ya no se atrevía a dar consejos, se contentó con mover la cabeza y echar a andar; *Pensativa*, por el contrario, dijo que la hormiga no era más que una egoísta; si en la vida no había otra cosa que gozar, la mariposa era más prudente que ella. Al mismo tiempo y con mayor vivacidad que nunca, voló *Pensativa* con rapidez, para indicar el camino.

Gracioso caminaba en silencio. Avergonzado de sus locuras de la víspera, aun cuando echaba algún tanto de menos a la cabrita, se prometía que en el tercer día nada le desviaría de su camino. *Fiel*, con la oreja rasgada, seguía cojeando a su joven señor, y no parecía menos pensativo que él.

Hacia el mediodía escogieron un sitio a propósito para detenerse algunos instantes. El tiempo era menos caluroso que la víspera y parecía como si hubieran cambiado de país y de estación. El camino, atravesado por prados recientemente segados por segunda vez o por hermosas vides cargadas de uvas, estaba limitado por grandes higueras cubiertas de fruto, en las que zumbaban millones de insectos; en el horizonte había dorados vapores, el aire era suave y tibio; todo invitaba a descansar.

En la más hermosa de las praderas, cerca de un arroyo que esparcía su frescura hasta muy lejos, a la sombra de los plátanos y de los fresnos, vio Gracioso un rebaño de búfalos rumiando.

Cómodamente acostados en el suelo, formaban círculo alrededor de un toro viejo que parecía su jefe y su rey. Acercóse educadamente a ellos y fue recibido con cortesía. Con un movimiento de cabeza le invitaron a sentarse, mostrándole grandes cuencos llenos de queso y leche. Nuestro viajero admiró la calma y gravedad de aquellos apacibles y poderosos animales. Hubiérase dicho al verlos que eran otros tantos senadores romanos sentado en sus sillas curiales. El anillo de oro que tenían en la nariz, añadía cierta majestad a su aspecto. Gracioso, que se sentía más tranquilo y más satisfecho que la víspera, pensaba a su pesar que sería muy agradable vivir en aquella paz y aquella abundancia; si la felicidad existía en alguna parte, era allí, sin duda, donde había que buscarla.

Fiel participaba de la opinión de su amo. Era la época en que las codornices pasan a África, y el suelo estaba cubierto de pájaros cansados que tomaban fuerzas antes de atravesar el mar. *Fiel* no tenía que hacer más que inclinarse para tener una caza digna de un príncipe; repleto de caza se tumbó a los pies de Gracioso y se puso a roncar.

Cuando los búfalos concluyeron de rumiar, Gracioso, que hasta entonces había temido ser indiscreto, entabló conversación con el toro que parecía tener un talento cultivado y que tenía gran experiencia.

-“¿Sois” –le preguntó- *“los dueños de esta rica posesión?”*

-“No” –respondió el búfalo viejo;- *“perteneemos, como todo los demás, al Hada Crapodina, reina de las Torres Bermejas y la más rica de todas las hadas”.*

-“¿Y qué exige de vosotros?” –preguntó Gracioso.

-“Nada más que llevar este anillo de oro en la nariz y pagarle un tributo de leche” –contestó el toro;- *“todo lo más, de vez en cuando, darle alguno de nuestros hijos para regalar a sus huéspedes. Por este precio gozamos de nuestra abundancia con perfecta seguridad; así es que no tenemos nada que desear en la tierra, no hay nadie tan dichoso como nosotros”.*

-“¿No habéis oído hablar nunca del Castillo de la Vida y de la Fuente de la Inmortalidad?” –preguntó tímidamente Gracioso, que, sin saber por qué, se puso colorado al hacer esta pregunta.

-“Entre nuestros padres” –contestó el toro-, *había algunos ancianos que aún hablaban de estas quimeras; más prudentes nosotros que nuestros abuelos, sabemos hoy que no hay otra felicidad que rumiar y dormir”.*

Gracioso se levantó tristemente para ponerse en camino y preguntó de dónde eran las torres cuadradas y rojizas que se divisaban a lo lejos.

-“Son las Torres Bermejas” –contestó el toro;- *“interceptan el camino y necesitáis pasar por el castillo de Crapodina para continuar vuestro viaje. Veréis al hada, mi joven amigo, y os ofrecerá hospitalidad y fortuna. Haced como los que os han precedido; creedme; todos han aceptado los beneficios de nuestra ama y todos se han tenido por muy felices renunciando a sus sueños por vivir dichosos”.*

-“¿Y qué ha sido de ellos?” –preguntó Gracioso-

-“Se han convertido en búfalos como nosotros” –repuso tranquilamente el toro, que, no habiendo terminado su siesta, bajó la cabeza y se durmió.

Gracioso tembló y despertó a *Fiel* que se levantó gruñendo; llamó a *Pensativa*, pero ésta no le respondió: hablaba con una araña que había tendido entre dos ramas de fresno una gran tela que brillaba con el sol y que estaba llena de mosquitos.

-“¿Por qué” –decía la araña a la golondrina-, *“por qué ese largo viaje? ¿A qué cambiar de clima y hacer depender tu vida del sol, del tiempo, o de un amo? Mírame a mí, yo no dependo de nadie sino de mí misma. Yo soy mi dueña y gozo de mi arte y de mi ingenio; y todo en el mundo me lo debo a mí misma, nada puede turbar ni mis cálculos ni la felicidad que disfruto y que me debo a mí sola”.*

Tres veces llamó Gracioso a *Pensativa* que no le oía; estaba admirada ante su nueva amiga. A cada momento caía en la tela un mosquito aturdido y siempre la araña, con la mayor atención,

ofrecía la presa a su compañera admirada. De pronto pasó un soplo, un soplo tan ligero como no lo hubiera producido la pluma de una golondrina; Pensativa buscó a la araña; la tela se la había llevado el viento, y el pobre animalillo colgaba de una pata de su último hilo, cuando llegó un pájaro y se la llevó al pasar.

Una vez puestos en marcha, llegaron en silencio al palacio de Crapodina; Gracioso fue introducido con gran ceremonia por dos hermosos galgos con manteletas de púrpura y con anchos collares en el pescuezo que centelleaban con los rubíes. Después de haber atravesado un gran número de salas, todas llenas de cuadros, estatuas, telas de oro y seda, y cofres en que la plata y las alhajas se salían por los bordes, llegaron Gracioso y sus compañeros a un templete redondo en el cual estaba el salón de Crapodina. Las paredes eran de lapislázuli; la bóveda, de esmalte azulado, estaba sostenida por doce columnas acanaladas, de oro macizo, que tenían por capiteles hojas de acanto de esmalte blanco festoneadas de oro. En una ancha butaca de terciopelo estaba sentado un sapo tan grande como un conejo: era la diosa de aquel sitio. Envuelta en un gran manto de escarlata bordado de brillantes pajitas, la amable Crapodina tenía en la cabeza una diadema de rubíes cuyo brillo animaba un tanto sus gruesas mejillas jaspeadas de amarillo y verde. Tan pronto como vio a Gracioso le tendió sus cuatro dedos, todos cubiertos de sortijas; el pobre muchacho se vio obligado, por consideración, a llevarlos a los labios inclinándose.

-“Amigo mío” –le dijo el hada con voz ronca que en vano trató de dulcificar-, *“te esperaba; no quiero ser menos generosa contigo que lo han sido mis hermanas. Al venir hasta aquí, has visto una pequeña parte de mis riquezas. Este palacio con sus cuadros, sus estatuas, sus cofres rebosando oro, estos inmensos dominios, esos rebaños innumerables, todo eso es tuyo si tú quieres, y si lo posees serás el más rico y el más feliz de los hombres”*.

-“¿Y qué es preciso hacer para eso?” –preguntó gracioso muy conmovido.

-“Menos que nada” –contestó el hada-, *“partirme en cincuenta pedazos y comerme con gusto. La cosa no es muy espantosa”* –añadió con una sonrisa; y mirando a Gracioso con ojos aún más enrojecidos que nunca, se puso a babear con satisfacción.

-“Al menos se os podrá sazonar?” –preguntó Pensativa que no había podido mirar sin envidia los hermosos jardines del hada.

-“No” –contestó Crapodina-, *“es preciso comerme cruda; pero se puede pasear por mi palacio, mirar y tocar todos mis tesoros y pensar que dándome esta prueba de afecto se poseerá todo esto”*.

-“Señor” –suspiró Fiel con voz suplicante-, *“un poco de valor; ¡estamos tan bien aquí!”*

Pensativa no decía nada, pero su silencio era una confesión. En cuanto a Gracioso, pensaba en los búfalos y en el anillo de oro y desconfiaba del hada. Crapodina lo adivinó.

-“No temas que yo quiera engañarte, mi querido Gracioso. Al ofrecerte todo lo que poseo, te pido también un servicio que quiero recompensarte dignamente. Cuando hayas realizado la obra que te propongo, me convertiré en una joven hermosa como Venus y sólo me quedarán las manos y los pies de sapo. Pero esto es poca cosa cuando uno es rico. Ya diez príncipes, veinte marqueses, treinta condes, me suplican que me case con ellos tal como soy; cuando me vuelva mujer te daré a ti la preferencia y juntos disfrutaremos mi inmensa fortuna. No te avergüences por tu pobreza, tienes sobre ti un tesoro que vale por todos los míos; es el frasco que te ha dado mi hermana. Y diciendo esto, extendió sus dedos viscosos para agarrar el talismán.

-“¡Jamás!” –gritó Gracioso retrocediendo-. *“¡Jamás! No quiero ni descanso, ni fortuna; quiero salir de aquí e ir al Castillo de la Vida”*.

-“¡No irás nunca, miserable!” –gritó el hada furiosa.

Y en aquel momento el templete desapareció; un círculo de llamas rodeó a Gracioso y un reloj invisible comenzó a dar la medianoche.

A la primera campanada el viajero tembló a la segunda se arrojó sin vacilar en medio de las llamas. Morir por su abuela, ¿no era para Gracioso el único medio de atestiguar su arrepentimiento y su amor?

Pero, con gran sorpresa de Gracioso, el fuego se apartó sin tocarle y se encontró de pronto en un país nuevo con sus dos compañeros a su lado.

En aquel país no era Italia; era Rusia, era el fin de la tierra. Gracioso estaba perdido en una montaña cubierta de nieve. A su alrededor no veía sino grandes árboles cubiertos de escarcha y que chorreaban agua por todas sus ramas; una niebla húmeda y penetrante le helaba hasta los huesos; la tierra humedecida se hundía bajo sus pies; para colmo de desgracia era preciso bajar por una pendiente rápida, en cuyo fondo corría un torrente que se quebraba con ruido en las rocas. Gracioso cogió su puñal y cortó una rama de árbol para sostener sus pasos inseguros. *Fiel*, con la cola entre las patas, ladraba débilmente; *Pensativa* no se separaba del socorro de su amo, sus plumas erizadas se cubrían de pequeños témpanos de hielo. El pobre animal estaba medio muerto, pero animaba a Gracioso y no se quejaba.

Cuando después de trabajos infinitos llegaron al pie de la montaña, encontró Gracioso un río cubierto de enormes témpanos que chocaban unos contra otros y se revolvían en la corriente.

Aquel río era preciso atravesarlo sin puente, barco ni auxilio de ninguna clase.

-“Señor” –dijo *Fiel*-, “yo no puedo ir más lejos. ¡Maldita sea el hada que me puso a su servicio sacándome de la nada!”

Y diciendo esto se tumbó en tierra y ya no habló más; Gracioso trató en vano de animarle llamándole su compañero y su amigo. Todo lo que el pobre perro pudo hacer, fue responder por última vez a las caricias de su amo moviendo la cola y lamiéndole las manos; después se estiraron sus miembros y expiró.

Gracioso cargó con *Fiel* a la espalda para llevarle al Castillo de la Vida y se subió resueltamente sobre un témpano de hielo seguido de *Pensativa*. Con su palo empujó aquella frágil balsa hasta el centro de la corriente que le arrastró con una espantosa rapidez.

-“Señor” –decía *Pensativa*-, ¿oye el ruido del mar? Vamos al abismo que nos va a devorar. Hágame una última caricia y adiós”.

-“No” –decía Gracioso-. “¿Por qué las hadas me habían de haber engañado? Quizá la orilla está cerca de aquí; quizá por encima de la niebla hay sol. Sube, sube, mi buena *Pensativa*; quizá por encima de esta bruma encontraras la luz y verás el Castillo de la Vida”.

Pensativa desplegó sus alas medio heladas y valerosamente se elevó a través del frío y de la bruma. Gracioso siguió por un momento el ruido de su vuelo; luego todo quedó en silencio, mientras el témpano continuaba su furiosa carrera a través de la oscuridad. Mucho tiempo esperó Gracioso; pero por último, cuando se vio solo, le abandonó la esperanza y se tumbó para esperar la muerte sobre el témpano vacilante. A veces una claridad lívida atravesaba la nube y se oían horribles truenos: parecía el fin del mundo. De pronto, en su desesperación y en su abandono, oyó el canto de la golondrina: *Pensativa* cayó a sus pies.

-“Señor, señor” –le dijo-, “tenía razón; he visto la orilla, la aurora está allá arriba; ¡valor!”

Y diciendo esto abrió convulsivamente sus alas fatigadas y se quedó sin movimiento y sin vida.

Gracioso, que se había levantado sobresaltado, puso sobre su corazón al pobre pájaro que se había sacrificado por él, y con ardor sobrehumano impulsó el témpano hacia adelante, a fin de encontrar la salvación o la muerte. De pronto reconoció el ruido del mar que cada vez se hacía mayor, cayó de rodillas y cerró los ojos esperando la muerte.

Una ola tan alta como una montaña le cubrió la cabeza y le arrojó desvanecido en aquella orilla a la que ningún ser viviente había abordado antes que él.

Cuando recobró el sentido ya no había ni hielos, ni nubes, ni tinieblas; estaba tumbado en la arena en un país hermoso cuyos árboles estaban bañados por una luz pura. Delante de él había un hermoso castillo de donde salía un manantial que iba a desaguar a borbotones en un mar azulado, en calma y transparente como el cielo. Gracioso miró a su alrededor. Estaba solo, solo con los restos de sus dos amigos que las aguas habían arrojado a la orilla. Cansado por tantos sufrimientos y tantas

emociones, se arrastró hasta el arroyo y se inclinó sobre la corriente para refrescar sus labios ardorosos; de pronto retrocedió asustado. No era su rostro el que había visto en el agua, era el de un viejo con cabellos blancos que se le parecía. Se volvió... detrás de él no había nadie. Se acercó de nuevo a la fuente: volvió a ver al viejecito, o mejor dicho ya no había duda, el viejecito era él.

-“Grandes hadas” –exclamó-, “os comprendo; es mi vida la que habéis querido a cambio de la de mi abuela; acepto con gusto el sacrificio.- Y sin ocuparse más de su vejez y de sus arrugas, metió la cabeza en las aguas y bebió con avidez.

Al levantarse se quedó asombrado, viéndose tal como era el día que había dejado la casa paterna; más joven, con los cabellos más negros y los ojos más vivos que nunca. Cogió su sombrero, que se le había caído al lado del arroyo y al que por casualidad le había tocado una gota de agua y, ¡oh sorpresa!, la mariposa que en él tenía clavada sacudía las alas y trataba de volar. Gracioso corrió a la playa para coger a *Fiel* y a *Pensativa* y los sumergió en la bienhechora agua. *Pensativa* se escapó dando un grito de júbilo, yendo a perderse en la cúspide del castillo. *Fiel*, sacudiendo el agua de sus dos orejas, corrió a las caballerizas del palacio, de donde salieron magníficos perros que, en lugar de ladrar y de saltar hacia el recién llegado, le acogieron como a un antiguo amigo y le hicieron muchos halagos. Era la Fuente de la Inmortalidad lo que Gracioso había hallado, o mejor dicho era el arroyo que de ella nacía, arroyo ya tan debilitado que no daba sino doscientos o trescientos años de vida a los que bebían en él, si bien podían volver a beber otra vez.

Gracioso llenó su frasco de aquella agua bienhechora y se acercó al palacio. Aún le quedaba una última prueba y el corazón le palpitaba; cuando se está más cerca de conseguir el objeto anhelado, se teme más el perderlo. Subió la escalera del castillo, todo en él estaba cerrado y silencioso, no había nadie para recibir al viajero. Cuando llegó al último escalón y se disponía a llamar a la puerta, una voz más bien dulce que severa le detuvo.

-“¿Has amado? –le preguntó la voz invisible.

-“Sí” –respondió Gracioso-, “he amado a mi abuela más que al mundo entero”.

La puerta se abrió de manera que pudiera pasar la mano.

-“¿Has sufrido por lo que has amado? –volvió a preguntar la voz.

-“He sufrido –contestó Gracioso- “mucho por mis culpas y un poco por lo que quiero salvar”.

La puerta se abrió a medias y el niño vio una perspectiva infinita; bosques, aguas y un cielo más hermoso que todo lo que había soñado.

-“¿Has cumplido siempre con tu deber?” –dijo de nuevo la voz con tono más duro.

-“¡Ah! No” –repuso Gracioso cayendo de rodillas-, pero cuando he faltado he sido más castigado por mis remordimientos que por las duras pruebas por las que he atravesado.

-“Perdonadme, y si aún no he expiado todas mis faltas, castigadme como merezco, pero salvad a la que amo, conservadme a mi abuela”.

En el momento se abrieron las dos hojas de la puerta sin que Gracioso viese a nadie. Ebrío de alegría entró en un patio rodeado de arcos adornados con hojarasca; en medio había un salto de agua que salía de un conjunto de flores más hermosas, mayores y más olorosas que las de la tierra. Al lado de la fuente había una mujer vestida de blanco, de noble aspecto y que no parecía tener más de cuarenta años, se encaminó hacia Gracioso y le recibió con una sonrisa tan dulce que el niño se sintió afectado hasta en lo más recóndito de su corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-“¿No me reconoces?” –dijo la mujer a Gracioso.

-“¡Oh abuela! ¿Eres tú?” Exclamó-. “¿Cómo estás en el Castillo de la Vida?”

-“Hijo mío” –le dijo apretándole contra su seno-, “la que me ha traído aquí es un hada más poderosa que las hadas de los bosques y de las aguas. Ya no volveré a Salerno, recibo aquí la recompensa del poco bien que he hecho, gozando de una felicidad que el tiempo no podrá jamás hacer concluir”.

-“¿Y yo abuela?” –exclamó Gracioso-. “¿Qué va a ser de mí? Después de haberte visto aquí, ¿cómo me vuelvo allá abajo para padecer en la soledad?”

-“Querido hijo” –le respondió-, “cuando se han entrevistado las celestiales delicias de esta morada, no se puede ya vivir en la tierra. Tú has vivido, mi joven Gracioso; la vida no tiene nada que enseñarte. Más feliz que yo, has atravesado en cuatro días ese desierto en que yo he sufrido ochenta años; en lo sucesivo nada puede separarnos”.

La puerta se cerró y desde entonces jamás se ha oído hablar ni de Gracioso ni de su abuela. En vano ha sido que en Calabria el rey de Nápoles haya hecho buscar el palacio y la fuente encantados; jamás se les ha encontrado en la tierra. Pero si entendiésemos el lenguaje de las estrellas, si oyésemos lo que nos dicen todas las noches al derramar sobre nosotros sus dulces rayos, hace mucho tiempo que nos habrían enseñado dónde están el Castillo de la Vida y la Fuente de la Inmortalidad.”

Ya había acabado Nunziata su relato y yo la escuchaba todavía; admiraba aquellos ojos en que brillaba una fe ingenua en las maravillas que su madre la había contado; seguía el movimiento de sus manecitas, que parecían pintar los hombres y las cosas.

-“Y bien, Excelencia” –me gritó el pescador-, “¿no dice usted nada? La Marchesina le ha encantado a usted como a otros muchos. Es que éstos no son cuentos, ya le enseñaremos a usted en Salerno la casa de Gracioso”.

-“Está bien, patrón” –le contesté, un poco avergonzado por haberme entretenido con semejantes fábulas-. “La niña relata muy bien y, para mostrar mi agradecimiento, en cuanto llegemos a tierra quiero comprarle un rosario de marfil con las cuentas grandes, de plata”.

La niña se puso colorada de placer, yo la abracé, y esto la puso aún más colorada, mientras su padre me miraba y se volvía a sus compañeros con los ojos encendidos de alegría

-“Mañana” –dijo-, “mañana, si lo permite usted, Excelencia, contará una historia más bonita aún y que hará a ustedes reír y llorar...”

Aportación de Gabriela Russ